

# El popular

Año XXIX

- Cabra 12 de Junio de 1946 -

N.º 1454

## Siluetas de la Semana

### El Pastor y su Grey

En la simbólica fecha de Pentecostés, los fieles de Córdoba recibimos alborozados sobre la orfandad que la muerte nos deparara transitoriamente, las palabras de aliento y de vida de un nuevo Pastor. Y con las palabras de fe, aliento, vida y esperanza, como lenguas de fuego sobre nuestras cabezas, el dulce, divino e inefable consuelo de su primera bendición episcopal.

Desde el pasado domingo nos rige, a la cabeza de la Sede episcopal de Córdoba por voluntad de nuestro Caudillo y suprema designación de Su Santidad el Papa, la egregia, sabia y virtuosa figura de Fray Albino González. Así, pues, la Grey cordobesa marcha por el camino de Cristo amparada bajo la guía y tutela de su sabio y santo Pastor que les aportará como en la Pentecostés gloriosa la sabiduría, la santidad y la fortaleza.

Y antes de enviarle, modestos y humildes, desde estas páginas, nuestra bien venida entusiasta; y antes de felicitarnos piadosos y sencillos por su feliz arribo a la Sede cordobesa, solar histórico de héroes y de santos, salta de nuestra pluma la reflexión que nos acucia alegrándonos del feliz victorioso de nuestra Guerra y Cruzada de Liberación. Con todos los fastos gloriosos y esperanzados de nuestra Patria vemos siempre cómo la sangre derramada y las vidas que los héroes ofrendaron, fructifican colmándonos de tranquilidad y de paz. Feliz nuestra Patria que supo ahuyentar el panorama que hoy ensombrece a tantas y tantas naciones de esta vieja y pecadora Europa, y haciendo posible la alegría de recibir y lanzar el ¡Hosanna! jubiloso a quien viene a nosotros en nombre del Señor.

En esta Pentecostés, EL POPULAR envía su más cordial y respetuosa bien venida al muy Ilustre y Rvdo. Sr. Fray Albino González, Obispo titular de Córdoba, con una oración, en recuerdo al que por muchos años le precedió en el episcopado cordobés.

### Paz en los campos

Hasta nosotros llegan mensajeras de las más dulces, exquisitas y cristianas delicadezas espirituales, unas hojas que convocan con la grandeza y sencillez de lo noble a los campesinos de una rica y fértil región de nuestro agro—«La Cubana»—para hacer llegar hasta ellos, en estos tiempos acuciantes de materialismo, las dulces y consoladoras palabras de un sacerdote.

Huérfanos nuestros campos antaño de quienes velaran por la paz y tranquilidad de nuestros campesinos, muy pocas personas llegaban hasta ellos sino a esquilmar más el fruto de su trabajo o a pedirle su voto entre promesas tan halagadoras como fementidas. De vivero y depósito de las virtudes de nuestro pueblo se fué tornando en pozo de odios y malquerencias que nuestra Guerra, en buena hora, vino a cegar. Hoy un Estado, entre el caos de una guerra y las dificultades y estrecheces de una post-guerra, lleva con la legislación social más generosa que se conoce, el sosiego material al campesino y hace posible también en un ambiente de sereno y fraternal amor cristiano, se traduzcan con los beneficios que nobles gentes les aportan, las dulces palabras llamadoras: «Todos deben recordar el deber que tienen de acudir a escuchar las Verdades Eternas de las que vosotros, campesinos, careceis por vuestras ocupaciones».

Con admiración y aplauso traemos a estas páginas nuestra cordial felicitación a quien de este modo procedé. Nada más noble y más digno de alabanza como patriotas y como cristianos.

### Notas bibliográficas

#### Juan Soca, saca a la luz "Más de 100 poetas inéditos"

Juan Soca, el gran amigo y exquisito poeta, se ha dado esta vez el trabajo de seleccionar la obra de 109 poetas, sinó todos inéditos, si en gran parte, y desde luego, poco conocidos—los que ya han publicado alguna labor—, del gran público. La obra se lee con agrado y el desvelo de Soca ha producido un buen efecto en el ámbito de las letras españolas. Estas antologías, son necesarias: orientan al lector, sacan del anonimato un buen número de artistas, y la crítica, siempre alerta, acaso un poco empeñada en el comento de los consagrados, halla ocasión de analizar, barajar, sopesar y justipreciar a gran número de nuevas estrellas poéticas, que aparecen por vez primera, un poco tímidamente, entre los rutilantes luceros del verso.

En la revista «Bibliografía Hispánica» editada en Madrid por el Instituto Nacional del Libro Español, en su número correspondiente al mes de Abril, pág. 251, aparece una crítica del libro de Juan Soca. En ella se habla del libro y de su recopilador, en estos términos: «El mismo Juan Soca, que con modestia excesiva nos habla de sí propio en el prólogo, con la timidez y la ingenuidad de un novel provinciano, es un escritor antiguo, acabado y aureolado por cierta notoriedad». Señala el crítico algunos poemas, de los más bellos del volumen, cita nombres de algunos poetas y encarece las mejores y más inspiradas composiciones. De «Salve, Estrella de los Mares» dice que «es uno de los más bellos e inspirados poemas que se han escrito en nuestro tiempo», y anima a su autor Gabriel González Camoyano, para perseverar en la alta y difícil misión del arte.

En fin, no podemos, por falta de espacio, extendernos como nos gustaría, en analizar el libro editado por Soca, y publicar o entresacar algunas muestras de lo más bello de lo mucho que el libro contiene. Pero nosotros, que hemos sido testigos del trabajo abrumador, desinteresado y altruista de Juan Soca para llevar a feliz término su propósito, no podemos menos de felicitarlo, por el buen gusto, esmerada edición, sabia dirección y atinada y justísima selección que el estro poético de Soca, ha imprimido a la obra con la elegancia de un crítico consumado.

A. SANTIAGO





# España y el clasicismo de Don Juan Valera

por JOAQUIN DE ARRIAGA

II

Un amigo mío, gran escritor y hombre de mente tan clara como original, acostumbra a decir que ni hay fondo sin forma ni forma sin fondo; en una palabra, que ni existe ni forma infúndea ni fondo informe. Es posible que este amigo tenga razón; pero lo que, téngala o deje de tenerla, no podrá negarse, a menos que se niegue la evidencia, es la primacía en todo lo humano de una de estas dos condiciones o cualidades.

Y tendido esto, es también evidente que en el arte romántico la primacía le corresponde al fondo, de igual manera que en el clasicismo le corresponde a la forma. Si el romanticismo—mundo dionisiaco por definición—es un mundo caballeresco, un mundo a la gineta (véase Valdemar Vedel: «Romántica caballerisca»), esto es, un mundo en que la línea apenas puede ser percibida, por el contrario, el mundo clásico—del que tanto gusta, o mejor, que es algo que integra el alma misma de Andalucía—habrá de sacrificar el ímpetu caballeresco, la vida a la gineta, a aquella sensación de aquietamiento en que lo esencial es la gracia apolínea...

Y bien: nadie representa al igual que Valera el espíritu clásico, y ello al extremo que A. G. B., identificando la novela con el folletín—género en el que lo único a considerar es el dinamismo de la acción—niega a Valera toda condición de novelista. Lejos de nosotros tal creencia—que si tal creyéramos no estaríamos lejos de incluir al autor de «Las ilusiones del Doctor Faustino» entre don Manuel Fernández y González y don Torcuato Tarrago—pero como quiera que no es nuestro propósito el discriminar si don Juan Valera es novelista o deja de serlo, lo aplazaremos para mañana... Lo que no impide, naturalmente, y aunque sea sobre la marcha, que afirmemos—ya que el tiempo no nos deja mentir—que la gloria impeccedera de don Juan Valera va unida a «Pepita Jiménez». No tiene pues, razón el crítico a que hago referencia cuando escribe: «Me parece que comete, tal vez a sabiendas, una antinomia crítica o que juega con una antifrasis (pase la pedantería que supone tal manera de decir), y si es en él (sigue) una convicción, se equivoca de medio a medio el crítico inglés Fitz-

José Linares Montes  
OCULISTA

Recibirá a su distinguida clientela todos los miércoles, de 6 a 8, en el Hotel Central de esta Ciudad.

maurice Kelly cuando dice de Valera que aunque sus poemas y ensayos serán olvidados, «Pepita Jiménez» y «Doña Luz» sobrevivirán a los cambios de moda y de gusto, y que el nombre de su autor estará inseparablemente ligado al renacimiento de la moderna novela española...

Como veis, jamás se hizo de zahorí—tal diría don Juan si viviera—como en esta ocasión ni se acertó de modo tan pleno, tan redondo, en la anticipación crítica de lo que habrían de ser los gustos de la posteridad. Y para demostrarlo ahí están los escaparates de las librerías y los catálogos de las editoriales, por los que podréis corroborar cómo desde que se publicaron las líneas antedichas (fué por el año 1920) no se ha vuelto a reeditar ni «Doña Luz» ni mucho menos «Pepita Jiménez»... Hecho que viene a corroborar también estas otras palabras del mismo crítico: «Es preciso confesarlo aunque sea duro: al cabo de unos años, mientras se releerá con gusto toda su obra crítica, porque toda es interesante, culta y erudita, aun la más tocada del gorgojo de la actualidad, apenas quedará nada de la novelesca de Valera, salvo esa populárisima «Pepita Jiménez» (la lógica del crítico es aplastante), a la cual debió su éxito más que a su intrínseco valer, a circunstancias de lugar y tiempo.» («Pepita Jiménez» se publicó—la noticia es mía—el año 1874, poco después del golpe de Pavía y, como sabéis, dedicase a historiar los acontecimientos políticos de aquellos azarosos días, al igual que Galdós en «España trágica» y en «España sin Rey»); «efervescencia de pasiones liberales; gustó por aquel estilo delicado y sereno, en contraste con el retorcido estilo romántico y hasta reacción femenina contra el avinagrado romanticismo que habían inculcado las novelas de Pérez Escrich, Ortega y Frías, etc...»

Circunstancias de lugar y tiempo que hicieron, casi podría decirse—parodiemos una frase del crítico tantas veces aludido—con un poco de paradoja en la expresión que «Pepita Jiménez» fuese la primera novela española del siglo y la última. Tan española, por otra parte, que jamás se pudo decir con mayor justicia de ningún libro español como de éste lo que James Fitzmaurice Kelly dice de ella: «Apareció por fin un libro que nada debía a Francia, que arrancaba de la inspiración original, que tenía por fuentes a Luis de Granada, León y Santa Teresa, que revelaba una vez más lo que Coventry Patmore ha calificado muy bien de completa síntesis y armonía entre la gravedad del fondo

y la risueña amenidad de la forma, que es el coronamiento del arte, y que fuera de la literatura española sólo se halla (y «en grado muy inferior») en Shakespeare.»

\* \*

Para que ni por un momento podamos poner en duda los gustos «clásicos» de nuestro novelista, no creo que hayamos menester recurrir a sus propias palabras; pero, en fin, vamos a hacerlo. Dice así don Juan: «Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo había sido yo «romántico», sino clásico a mi manera, manera por cierto harto distinta del pseudoclasicismo francés, introducido en España por los Durán y los Moratines. Yo era adorador de la forma, pero de lo íntimo, de lo espiritual, no de la estructura, no del atildamiento exterior, pueril y afectado; yo era fervoroso creyente de los misterios del estilo en aquella sencillez y pureza por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazón de los autores.»

\* \*

Voy a terminar. Creo que Valera—tanto por sus gustos cuanto por lo «realizado» de su obra es el más clásico de entre los escritores del ochocientos, y que si a tal clasicismo debe su universalidad, éste se lo debe a Andalucía.

En efecto, Valera es el escritor más universal de entre todos los escritores españoles; o si queréis así, más andaluz y más universal, según más tarde habría de decir de sí mismo J. R. J. Términos estos, por otra parte—andalucismo y universalidad—que nada tienen de incompatibles y antitéticos, por cuanto sólo alcanza universalidad aquello que está enraizado auténticamente en la tierra nativa. (Ya Unamuno dijo que ser de todas partes es como no ser de ninguna.)

Andalucismo, por lo demás, que jamás enfrió en don Juan Valera aquel su grande amor a España, y que puede verse—como acaso en ninguna de sus páginas—en los dos volúmenes de «Cartas americanas», en los que tan magistralmente halló verbo el genio de España—genio no desmentido por el autor de «Morsamor» ni en las horas de Fortuna ni en las horas de adversidad...

Razón esta última, la de su fe en los destinos de la Patria, por la que, entre otras, hemos de considerar a don Juan Valera como a uno de los nuestros...

Tres embotellados:  
Moriles 47 - Solera Tres Venencias  
PACORRITO

El popular

SEMANARIO EGABRENSE DE LOS MIÉRCOLES

Básculas, Balanzas y Arcas

ARISÓ

Hijos de A. ARISÓ

Fundada en 1860

Unico representante en CABRA

José Cabello Blanco

Teléfono 29